

Resabios tribales y cosmopolitismo periférico: Bogotá y Cartagena en 1900

Fernando Uricochea

Profesor Asociado, Universidad Nacional

In memoriam Joaquín Marengo

*We have gained in terms of reality
and lost in terms of the dream.*

Robert Musil

The Man without Qualities

El método como opción

La historiografía colombiana ha estado más próxima de la historia económica que de la historia social. Si se tienen en cuenta los temas predominantes y recurrentes en la investigación histórica, dicho nexo se patentiza de manera bastante inequívoca. Esclavos, café, haciendas y capital extranjero constituyen probablemente los platos fuertes de nuestra historiografía. No quiero insinuar que estos cuatro tópicos monopolicen enteramente la atención del investigador contemporáneo. Hay, de hecho, otros temas como, por ejemplo, los partidos políticos, que también reciben atención. Pero esa atención es, de todas maneras, ocasional y relativamente marginal.

Semejante estado de cosas, por supuesto, es sintomático de los valores y preferencias básicos de nuestros historiadores. Revela, en primer lugar, una concepción bastante definida pero igualmente bastante limitada del hecho histórico. Desde esa perspectiva, las fuerzas históricas decisivas, las que merecen el nombre de tal, son aquellas vinculadas de una u otra manera al proceso productivo y a la reproducción material de la vida social. En segundo lugar, hay un rasgo teóricamente solidario con el rasgo anterior y es el relativo a la concepción de eficacia e, inclusive, de praxis implícitos en la vinculación del fenómeno histórico con la reproducción material de la vida social. Lo eficaz, dentro de esta concepción, es todo aquello que esté asociado con el mundo de la economía, con el mundo de la utilidad, la utilidad siendo definida, evidentemente, de una manera demasiado pragmática y utilitarista. Lo socialmente significativo viene a identificarse de esa manera con lo económicamente relevante. Es posible, además, entrever un tercer rasgo característico de esta forma de representación del hecho histórico y de la eficacia histórica: una tendencia, habitualmente no manifiesta ni confesa, por supuesto, demasiado empiricista del acto histórico y, *a fortiori*, del hecho social. Drásticamente expuesta, la idea es que el acto histórico se funda en sus consecuencias observables. Aquellos actos cuya repercusión no puede ser capturada mediante la medición o la cuantificación difícilmente afloran a la conciencia histórica. Los fenómenos de conciencia, las representaciones colectivas, en una palabra el mundo de lo

imaginario, el espíritu objetivo de Hegel y Rickert no tienen fácil acceso en esta ciencia. Hay, finalmente, un cuarto rasgo que es posible deducir de las características anteriores: la tendencia, latente pero persistente y preocupante, a transformar el individuo histórico en una clase lógica. En efecto, si lo que me interesa históricamente se encuentra preferiblemente en el terreno de lo mensurable e identificable empíricamente, tiende a desaparecer, por lo tanto, mi preocupación por el hecho histórico, por el individuo histórico y, en su lugar, mi preocupación se desplaza hacia el agregado de hechos históricos que se constituyen analíticamente como una clase compuesta de individuos. Este último rasgo constituye simplemente una tendencia implícita en aquella representación. En cuanto tal, no siempre tiene por qué aflorar en la investigación, pero no deja de ser preocupante que ella esté ahí como posibilidad.

Las repercusiones sociológicas de aquellos rasgos consisten en el hecho de que los historiadores prefieren ocuparse del estudio de organizaciones pero no del de instituciones. Operativamente hablando, las organizaciones son empíricamente visibles, son estructuras tangibles que no dejan duda de su existencia concreta. Las instituciones, en cambio, son estructuras imaginarias accesibles al análisis apenas de una manera mediata, indirecta.

El estudio sobre Bogotá y Cartagena que se presenta a continuación representa, justamente, un esfuerzo por aproximarse a estas estructuras urbanas a comienzos del siglo desde una perspectiva más institucional que nos permita aprender un poco sobre las representaciones colectivas y la conciencia social de esas dos ciudades.

Los inicios del proceso de urbanización

No cabe ninguna duda que hacia 1900 se inaugura el proceso de urbanización que provocará transformaciones profundas en el espacio social e institucional de la sociedad colombiana. Pero la posibilidad de conocer adecuadamente la sociedad colombiana de las primeras décadas de este siglo exige que dejemos de lado los estereotipos habituales sobre la noción de sociedad moderna. La sociedad y la estructura social colombiana de comienzos de siglo, en efecto, revelan características poco típicas de lo que la ciencia social contemporánea define como sociedad urbano-industrial.

Para 1900, por ejemplo, la ciudad capital tenía un volumen de población más próximo de una pequeña y modesta ciudad provincial que de una metrópoli moderna: aproximadamente setenta mil habitantes.¹

Aproximadamente quince años más tarde, Bogotá sigue conservando un volumen bastante modesto de población: 143.994 habitantes en 1918. El sistema colombiano de ciudades para ese mismo año, además, manifiesta claramente la reducidísima escala del fenómeno urbano nacional. Ninguna ciudad, con la excepción de Bogotá, alcanza siquiera los cien mil

¹ A pedido del autor, la demógrafa Myriam Ordóñez de la Facultad de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Javeriana, gentilmente hizo la estimación demográfica anterior con base en las cifras censitarias de 1918 y 1938.

El historiador Hermes Tovar del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, en conversación tenida con él, me transmitió un dato de archivo según el cual la población de Bogotá para 1892 se estimaba en 136.000 habitantes. Esta cifra, desde luego, no se ajusta a las tendencias demográficas establecidas pero no hay manera de saber qué tan inflada está hasta que no se hagan estudios que determinen cuáles fueron los efectos demográficos de la Guerra de los Mil Días sobre las poblaciones urbanas más importantes.

habitantes. No sería exagerado, entonces, calificar ese conjunto más bien como un sistema de grandes pueblos antes que de ciudades. Veinte años más tarde, en 1938, son varias las ciudades que han superado el umbral de los cien mil habitantes y el fenómeno urbano ha adquirido ya una dimensión sensiblemente mayor aunque muy incipiente. Pero no cabe duda de que la fisonomía institucional y cultural del espacio social urbano es muy diferente de la predominante a comienzos del siglo.

Bogotá como sociedad cerrada

Sorprendentemente pero también significativamente, la sociedad colombiana de comienzos de siglo revela algunos rasgos característicos de la llamada sociedad de grupo reducido de la clasificación de la antropóloga inglesa Mary Douglas.² Tales sociedades están compuestas por unidades sociales de pequeña escala con límites externos claramente definidos, pero con una confusa organización interna de papeles sociales debido, en buena parte, al hecho de que están muy poco diferenciados. Esa confusión interna de papeles junto con la reducción del contacto con el exterior conduce a una representación dualista del mundo en términos de pureza interior y de corrupción externa.

El mal es visto como un peligro proveniente del exterior e introducido de modo sutil dentro de la comunidad por los mismos agentes del mal. Ahora bien, como los mecanismos de control social están poco desarrollados por el grado relativamente bajo de diferenciación social, los mecanismos habituales de control social tienden a asumir la forma de acusación de brujería, expulsión de disidentes y de escisión del grupo. Como resultado de esta visión dualista es frecuente la preocupación por rituales de purificación, la expulsión de espías y la redemarcación de límites.³

Quienquiera que examine con algún detalle la prensa colombiana de comienzos de siglo no puede notar de menos las semejanzas entre la descripción típico-ideal de la sociedad de grupo reducidos de Mary Douglas y la sociedad colombiana de entonces, particularmente la sociedad urbana que se gesta incipientemente en Bogotá. La insuficiente diferenciación de papeles, dado el escaso grado de desenvolvimiento de la división social del trabajo, favoreció la importancia de los criterios de filiación religiosa y política como *criterios de status*. Estas circunstancias fueron, desde luego, exacerbadas por la Guerra de los Mil Días pero también es innegable que ese mismo conflicto fue asimismo consecuencia, en buena parte, de la misma lógica o cosmología que llevó a darle a los criterios religiosos y políticos un peso tan importante para la definición de los papeles sociales. El lector recibe la impresión de que la filiación religiosa y la consiguiente filiación política –una y otra tienden a ser solidarias– sirven, además, en un segundo momento, como *criterios de demarcación* que dan origen a dos *moitiés* claramente contrapuestas: los liberales, por un lado, y los conservadores, por el otro. Aparece, pues, aquí, uno de los elementos básicos de la sociedad de grupo reducido: la demarcación de límites precisos.

El siguiente documento es bastante revelador pero, por razones de economía, no será comentado: el 6 de agosto de 1990, Custodio Méndez R. dirige al jefe civil y militar de Fómeque una declaración suscrita por él y por dos testigos, en la cual reafirma sus valores conservadores que habían pasado inadvertidos por “haber permanecido por algún tiempo

² *Símbolos naturales: exploraciones en cosmología*, Madrid, Alianza Editorial, 1978.

³ *Op. cit.*, *passim*.

neutral en política", "neutralidad que había empleado solamente por conveniencia social", pues en "muchos pueblos se ha tenido como razón suficiente el ser un joven liberal para considerársele, desde luego, como noble, inteligente, simpático, y también como bastante ilustrado si niega el infierno, la inmortalidad del alma, los misterios de la religión, y desprecia los sacerdotes (...)." "Aunque en pequeña escala, algunas de estas ideas extravagantes y absurdas han existido en mi pueblo, sobre todo la falsísima de la nobleza liberal y la de sus talentos privilegiados. Los conservadores, al contrario, han sido considerados en nada, y les han achacado a ellos lo que verdaderamente son liberales. (sic)"⁴

La demarcación social estricta está asociada a otro aspecto que constituye otro de los rasgos importantes: los rituales de purificación. En efecto, es sorprendente la frecuencia con que aparecen en la prensa capitalina manifestaciones o declaraciones públicas de fe política y religiosa de liberales que declaran la incompatibilidad de su (anterior) credo político con su fe religiosa y la consiguiente necesidad de acoger la doctrina conservadora y apoyar al régimen conservador. Aquí se aprecia claramente la conexión creada entre la confusión interna de papeles y el dualismo pureza-impureza.

El siguiente documento ilustra claramente el punto anterior.

"Sr. Director de *El Orden Público*

"Yo, Domingo Rico, natural y vecino de Fómeque, quiero hacer conocer al público que desisto con sinceridad de las doctrinas liberales y abrazo con entusiasmo las conservadoras por poderosos motivos: el principal de éstos es el convencimiento que hoy tengo de que ningún liberal puede ser católico, por ser sus principios enteramente opuestos o contradictorios, como los que hay entre la luz y las tinieblas, entre lo bueno y lo malo, entre el error y la verdad, entre el cielo y el infierno, entre Dios y Satanás.

"Por esta razón el Sumo Pontífice ha condenado las doctrinas liberales, declarando fuera de la Iglesia católica apostólica romana a los que las sigan; esto es lo mismo que quedar desheredado de hecho de la herencia del cielo, en lo que, habiendo remedio, es imposible convenir; el remedio está en las manos: *dejar de ser liberal*.

"Juro, pues, a Dios y a la sociedad, dejar para siempre esas doctrinas liberales, esas doctrinas sin freno o sin moral, y sigo lleno de entusiasmo los principios conservadores, hasta la muerte; nadie podrá detenerme en este nuevo camino que principio desde hoy, hasta llegar a su término, que es Dios; nadie podrá detenerme en el sendero de la luz, pues por él puedo llegar victorioso a la bienaventuranza.

"Para que conste firmo la presente con el Sr. Jefe Civil y Militar de la Provincia por ante testigos."

(Siguen las firmas del declarante, del Jefe Civil y Militar y de dos testigos más. Suscrita en Cáqueza, el 23 de Julio de 1900.⁵

⁴ *El Conservador*, Bogotá, No. 4, Oct. 16 de 1990, pp. 3-4.

⁵ *El Orden Público*. No. 213, julio 3 de 1900, p. 852. Énfasis en el original,

La urgencia por definir públicamente el status personal más allá de cualquier duda se refleja también en el siguiente documento, particularmente significativo por provenir de un miembro del intragrupo:

“En Bogotá, a diez y ocho de Julio de mil novecientos, hago constar ante testigos y bajo la gravedad del juramento, que siempre he sido, que soy y que seré conservador. Que jamás atacaré las actuales instituciones que nos rigen, porque sería atacarme a mí mismo y reto formalmente al que diga que soy enemigo del Gobierno.

“Emilio Gutiérrez” [siguen los nombres de dos testigos].⁶

Pero esa cosmología se refleja también en otro rasgo igualmente frecuente y no menos sorprendente dentro de una cultura “moderna”: la defensa pública contra la calumnia y la injuria que representa, en cierta medida, la versión secular de la defensa contra la acusación de brujería del tipo ideal de sociedad de grupo reducido. El empleo de la prensa para rechazar cargos de infamia y calumnia destaca, pues, la presencia de sentimientos sociales muy propios de sociedades de grupo reducido. El siguiente ejemplo es típico:

“INFAMIA. En el número 41 de un pasquín que sin autorización de nadie se llama vocero del partido liberal, se me hace el cargo de que soy policía secreto. Esta es una infame calumnia, y por lo tanto protesto enérgicamente contra dicho cargo.

“Maximino Rodríguez M.”⁷

El siguiente comunicado, aunque difiere en algunos aspectos de los otros, revela también la generalidad de esa urgencia por la definición de status tanto en la ciudad como en el campo de batalla:

“Al Público

“Teniendo noticia de que alguna persona mal intencionada se ha ocupado de mí hablando en contra de mi conducta en la batalla de *Palonegro*, no he vacilado en publicar los certificados adjuntos, para que el Supremo Gobierno y mis amigos sepan la verdad y enmudezcan mis detractores.”

(A continuación siguen ocho breves certificaciones o constancias de oficiales referentes a las actividades y participación del interesado, Capitán Lombana).⁸

Cartagena como sociedad abierta

Es bastante significativo que los rasgos de sociedad de grupo reducido se destacan con bastante nitidez solamente en la provinciana capital. Cuando uno examina la vida urbana de otra ciudad como Cartagena se hace notorio el contraste. Paradójicamente, pese a su

⁶ *El Orden Público*, No. 204, julio 19 de 1900, p. 812. Constancias del mismo tenor se encuentran, por ejemplo, en los Nos. 206 del 23 de julio de 1900, p. 824 (hay dos en esa misma fecha), y 207 de julio 24 de 1900, p. 828.

⁷ *El Orden Público*, julio 17 de 1900, p. 804.

⁸ *La Opinión*, No. 31, Sept. 25 de 1900, p. 3.

carácter aparentemente provinciano, Cartagena es, de hecho, una ciudad más cosmopolita que Bogotá a comienzos de siglo. Este hecho es importante, entre otras cosas, para mostrar el grado de diferenciación y de diversidad del paisaje urbano nacional de entonces.

Sin el ánimo de querer explicar exhaustivamente las diferencias que llevaron a formas de organización social y de representación del mundo opuestas entre Bogotá y Cartagena, no hay duda de que la mayor apertura de Cartagena hacia el exterior y su contacto más permanente y sistemático con otras formas de vida incidieron decisivamente en el debilitamiento del carácter de grupo reducido. La mayor "modernización" de Cartagena con respecto a Bogotá pone, además, en tela de juicio una de las proposiciones analíticas más importantes de la teoría sociológica de la modernización que considera que los impulsos modernizantes provienen del centro del sistema social, mientras que la periferia del sistema representa obstáculos al cambio.⁹

En contraste con el relativo aislamiento de Bogotá, Cartagena exhibía un flujo de comunicación intenso. Para dar un ejemplo, el movimiento del puerto entre el 26 y el 30 de enero de 1900 registró el arribo de ocho navegaciones procedentes del exterior: tres vapores ingleses procedentes de Liverpool, Norfolk y Nueva York, una goleta rusa procedente de Hamburgo, un vapor francés procedente de St. Nazaire y tres vapores noruegos procedentes de Cuba. De igual forma, entre el 27 y el 31 de enero del mismo año, zarparon once navegaciones (tres goletas y ocho vapores) con destino a Nueva York, Cuba, Colón, Chelsea y Tampico.¹⁰ Y durante el mes de enero en su totalidad, el movimiento marítimo registró la visita a Cartagena de 33 buques: 29 de vapor y 4 de vela.¹¹

El contraste entre esas dos ciudades comienza con los periódicos. Las diferencias entre un periódico como *El Porvenir* de Cartagena y uno bogotano como *El Orden Público* (diferencias que parten ya desde los mismos nombres: uno abierto hacia el futuro y el otro congelado en el *statu quo* del presente) son indicativas de las diferencias significativas en los estilos de vida respectivos.

El Porvenir, en primer lugar, tenía agentes permanentes en París para efectos de avisos y noticias, lo que no ocurría con *El Orden Público*. Aquel despliega una gran producción de arte gráfica que es prácticamente inexistente en este último. Frente a la sobriedad litográfica y a la frugalidad de anuncios de la primera página de *El Orden Público* se destaca la variedad y exuberancia de avisos comerciales y ofertas variadas de *El Porvenir*.

La variedad de estas últimas es borguesa: champañas, licores, vinos, bacalao, langosta, confites "de veinte clases", linternas, orinales de hierro enlozado, paja para tejer asientos, tijeras para hojalateros, mechas para barbiqués, caracoles a la bordalesa (*sic*), pimientos dulces de Chile, "coches de varias clases, con o sin caballos", etc. Si la primera página de *El Orden Público* suscita la imagen de un pequeño mercado aldeano, la de *El Porvenir* suscita la de un gigantesco bazar.

Pero las diferencias, desde luego, van más allá de esos aspectos impresionistas. La orientación de *El Porvenir*, por ejemplo, es francamente cosmopolita y moderna. En todos

⁹ Para otras contradicciones semejantes, interesantes desde una perspectiva más amplia, Cf. Fernando Uricoechea, *The Patrimonial Foundations of the Brazilian Bureaucratic State*, Berkeley, Los Angeles, London: The University of California Press, 1980, Cap. VI, pp. 136-149 y Cap. VII, pp. 174-179 relativas, respectivamente, a la promoción de valores aristocráticos por parte del centro y de procesos de racionalización administrativa por parte de la periferia.

¹⁰ *El Porvenir*, año XXIII, No. 1552, p. 3.

¹¹ *El Porvenir*, No. 1553, p. II, 1900, p. 3.

los números hay una variedad de noticias sobre la vida política europea y norteamericana y hay una preocupación constante por estar informado sobre nuevos adelantos tecnológicos. Además, con bastante frecuencia hay una columna dedicada a la divulgación de cuestiones científicas con el título de "Ciencias". Además de la columna anterior aparecía otra titulada "Cartas Agrícolas" con información técnica y científica. Había otra columna titulada "Crónica Universal" que traía noticias e información europea y americana. Y había, también, otra columna llamada "Por ambos mundos" que traía información y noticias europeas y americanas.

Nada de esto es típico en *El Orden Público*: las noticias internacionales son muy escasas y la divulgación de noticias está literalmente centrada alrededor de los partes y noticias de la guerra. Tampoco comparte *El Porvenir* la orientación casi obsesiva por la guerra y la lucha partidista. El periódico carece, inclusive, de un editorial que consigne una línea "ortodoxa" en política e ideología.

Aquí comienzan a surgir las diferencias en cuanto al acento puesto en una y otra cultura urbana en la demarcación precisa de linderos sociales y de grupo. Este contraste está reforzado por otro rasgo inexistente en Cartagena y frecuente en el interior: las declaraciones o manifestaciones públicas de fe política y religiosa. Durante todos los doce meses de 1900, sólo apareció una manifestación de esa naturaleza en Cartagena en contraste con los casos casi cotidianos de Bogotá. E igualmente significativo es que el cambio de partido no obedeció manifiestamente a motivos religiosos ni a la urgencia por afiliarse a un grupo:

"Yo era de los que querían el triunfo moral de mi causa; pero jamás el triunfo material de la efervescencia anarquista (...)". [Agrega que no quiere que la *posteridad* lo identifique con "los revolucionarios de 1900, que deshonraron a Colombia trayendo hordas extranjeras para que hollaran el sagrado suelo de la Patria." Acusa a los jefes liberales de poseer fondos mal habidos mediante pillerías. Habla de que su corazón está "puesto a prueba en la gran escuela de la pobreza y del trabajo."]

"Es fruto de maduras reflexiones lo que hoy hago. [Nótese el carácter racional de la decisión en contraste con el carácter "afectivo" de las del interior.] No son ni el despecho ni el odio los que me guían a dar este paso, sino una profunda convicción y el conocimiento que tengo de la gran personalidad moral del Sr. D. José Manuel Marroquín y la fe en sus patrióticas ofertas en el mejoramiento y progreso de mi Patria.

"Desde hoy, pues, quiero y ambiciono que se me llame su copartidario (...) para contribuir con la pequeñez de mis servicios al sostenimiento de la libertad en la justicia, y ser un soldado de la República verdaderamente honrada (...)." ¹²

Todos estos rasgos, pues, apuntan en una misma dirección: Cartagena no posee las características sociológicas típicas de las sociedades de grupos reducidos. No obstante su carácter provinciano y su ubicación periférica, por el contrario, Cartagena revela rasgos mucho más "modernos" que Bogotá y su orientación es definitivamente más "económica" que "política", habida cuenta del contenido de sus respectivos periódicos.

¹² *El porvenir*, No. 1638, Sept. 12, 1900, p. 2. Carta abierta dirigida al Sr. General D. Carlos Vélez Danies el 8 de Sept. de 1900 por el Sr. Mario Lara Córdoba desde Cartagena.

Unidad en la diversidad

Pero más allá de las diferencias mencionadas, existen similitudes básicas con respecto a la representación del mundo social existentes en la mentalidad colectiva de una y otra ciudad. En ambos casos puede apreciarse la inexistencia de una concepción racional del mundo social.

En principio es posible distinguir teóricamente tres modos, por lo menos, de concebir la percepción, racional o irracional, del mundo objetivo. La primera postura concibe el orden social como un orden natural en el cual el hombre no tienen ninguna injerencia y por lo cual el mundo aparece como no siendo susceptible de control social. Una segunda postura, que representa un avance con respecto a la anterior, se constituye a partir de la representación según la cual las causas y leyes del mundo objetivo son conocidas o susceptibles de serlo pero se tiene simultáneamente conciencia de la imposibilidad práctica de efectuar el control de ese mundo, ya sea por la complejidad de los mecanismos implicados (Adam Smith) o por la peculiaridad de la dinámica o lógica objetiva (Mandeville). La tercera postura, que representa el desarrollo de una representación plenamente racional del mundo social, se configura a partir de una representación del mundo que no solamente reconoce el carácter racional(izable) de su organización, gracias a lo cual logra identificar un conjunto de leyes, sino que también ha logrado identificar los mecanismos de control o, al menos, reconoce tal posibilidad práctica.

La inexistencia de una concepción racional del mundo social puede inferirse, en el contexto de la presente investigación, a partir de tres clases de datos: 1. la postura frente a la posibilidad de control de los procesos sociales. 2. el carácter concreto del lenguaje o sea el papel que juega la imagería en el lenguaje y, 3. el tipo de persuasión empleada en el discurso de la vida cotidiana.

El control de los procesos sociales

Algunos datos permiten ilustrar la representación poco racional de los procesos sociales predominantes en aquella época. Hablando de la deteriorada situación económica y de los efectos nocivos de la considerable depreciación de la moneda, por ejemplo, comenta un cronista:

"Indudablemente no estamos, en materias económicas, reclinados en un lecho de rosas; pero a la verdad no es la cosa para tanto. La especulación es la que está encargándose de estrangularnos despiadadamente. ¿Cómo se remedia esto? No lo sabemos; pero de que hay que buscarle pronto y eficaz curativo, es verdad que salta a la vista de todos, pues de otro modo corremos el riesgo que se corre en estas situaciones desesperantes e indefinidas."¹³

El cronista identifica adecuadamente el fenómeno responsable: la especulación, pero reconoce su ignorancia, que no es sólo de carácter individual, para darle solución.

En una nota a continuación de la anteriormente discutida, se hacen manifiestos elementos nuevamente reveladores del mismo tópico: hay una queja sobre el hábito de muchos vendedores de arroz americano consistente en extraer 20 o más kilos de cada saco y

¹³ *El Porvenir*, año XXIII, No. 1578, abril 8 de 1900, p. 3.

venderlos después por el precio del peso original. El hábito es explicado en razón del alto precio de la libra de arroz en ese momento y se agrega:

“Por supuesto que damos esta noticia a título de información solamente, pues es verdad que nadie ignora que estas cosas no pueden remediarse, porque el comercio no es sino comercio, desde el principio del mundo.”¹⁴

Repárese en la actitud de fatalismo: no hay nada que hacer: las “leyes” del mundo son así... Esta postura es aún más irracional que la del texto anterior, pues ni siquiera se reconoce la posibilidad de descubrir eventualmente las leyes que permitan un control racional.

El estilo de persuasión dominante

Pero no es solamente por la actitud frente a la posibilidad de control de los procesos sociales como se puede entrever la existencia de una precaria institucionalización de una visión racional del mundo social. También puede ser apreciada en el estilo de persuasión predominante en el discurso periodístico. En efecto, el modo de persuasión no consiste en exponer principios e ideas que hagan convincente la necesidad de actuar en una determinada dirección. El discurso, en otras palabras, no tiene la pretensión de legislar moralmente sino de insinuar estéticamente. Se persuade de manera impresionista, mostrando el “mal” que acarrea la posición contraria. Ese procedimiento de tenor más empírico que racional aparece de manera bastante clara en “El Tránsfuga”, una crónica sobre la deserción de un joven liberal de las filas revolucionarias a consecuencia del trato brutal que un oficial le dio a un sacerdote. El joven “tránsfuga” no pudo soportar el empleo de la violencia por parte del oficial para darle instrucciones al sacerdote, razón por la cual decidió desertar.¹⁵

Como se puede apreciar por el anterior caso, se persuade apelando más a los valores y a los sentimientos y por medio del efecto que ellos provocan en nuestra sensibilidad moral que apelando a principios y cánones éticos de carácter universal.

El predominio de lo concreto

Hay, finalmente, una tercera dimensión en la cual se puede apreciar el grado de racionalidad reinante en esa época. Esa dimensión guarda similitudes con la anterior por el carácter empírico común a ambas. Me refiero al recurso permanente y preferente a la imagen más que a la idea abstracta. En efecto, lo que caracteriza el estilo periodístico de comienzos de siglo es el recurso “melodramático” a la imaginación del lector. Es, si se prefiere, un discurso más barroco que clásico. El redactor no se contenta con describir la crudeza de un crimen y de calificarlo moralmente. Exige, además, o mejor, invita al lector, a que se sitúe en la escena descrita como espectador invisible; a que, en otras palabras, trate de revivir, con su imaginación, el suceso de manera que su maldad sea más evidente, i.e. más “visible”. Es como si la narración, hecha apenas a base de palabras, no fuera suficientemente eficaz. La palabra aún no ha adquirido esa facultad o virtualidad. Sólo el evento mismo, la escena vivida, la recreación imaginaria de ella, nos permite acceder directamente a su significado o esencia.

¹⁴ *El Porvenir*, *ibidem*. Véanse otros casos en el mismo número, sección “Remitidos” y en el No. 1586, p. 4 a propósito de la escasez de víveres.

¹⁵ *El Orden Público*, año I, No. 164, junio 10. de 1900, p. 654.

La crónica anteriormente mencionada, "El Tránsfuga", sirve para ilustrar esa proposición. Pero hay otra nota, titulada "Otro Crimen Más"¹⁶ que sirve el mismo propósito. Allí, después de describir un acto de bandolerismo contra una señora y sus hijos en su propia casa, se agrega: "Ahora, imaginad aquel cuadro desgarrador de una infeliz madre en medio de sus dos hijos, nadando todos en su propia sangre, sin más amparo en aquellos momentos que el del cielo." Un comentario de esta naturaleza, huelga decirlo, es absolutamente inconcebible para la mentalidad y el periodismo modernos.

El episodio y su insignificancia práctica

Los episodios, finalmente, poseen valor figurativo, imaginario, simbólico, pero no histórico o eficaz. La historia es, todavía, concebida más como crónica que como praxis: subsiste una concepción mitológica del acontecer histórico que conduce a un divorcio entre el curso de la historia y los eventos históricos propiamente dichos. El evento "menudo", cotidiano, carece de significación histórico-práctica. Es como si solamente los grandes acontecimientos pudiesen tener alguna consecuencia práctica. De ahí, pues, esa devaluación del acontecer histórico y de ahí, también, que lo episódico no se constituya en una categoría social tradicional. Lo episódico, o la conciencia de ello, irrumpe, entonces, con el mundo moderno propiamente.

No es de extrañar, así, que el cubrimiento de noticias fuera tan escaso, desde una perspectiva contemporánea: en el periódico *El Orden Público*, de cuatro páginas, por ejemplo, ellas solamente ocupan la mitad de la página final. Además de eso, los criterios de selección de las noticias extranjeras y, en general, de todas las noticias, difícilmente se avienen con una concepción robusta y madura del hecho social o del hecho histórico y por ello el lector recibe la incómoda impresión de estar leyendo más una revista de novedades que un diario moderno. Las noticias políticas son prácticamente inexistentes (ocasionalmente se registran ocurrencias sobre la guerra de los Boer) pero, en cambio, abundan las noticias de carácter más "cultural".¹⁷

La insuficiencia de lo episódico en la vida cotidiana no es apenas el fruto de la percepción actual y retrospectiva sobre ese período. Es también una insuficiencia sentida directamente por el hombre de la época. El siguiente comentario, retirado de la columna "Crónica" y que hace parte de una columna habitual de un cronista "dado a la tarea de informar a los lectores de su periódico de la crónica local", según sus propias palabras, revela claramente la insuficiencia de historia y de episodios en la vida cotidiana de entonces, hasta el punto de evocar tímidamente en el lector de hoy la íntima semejanza con el carácter cíclico de las sociedades precapitalistas sin historia:

"Mire usted [la crónica está redactada en forma de carta al Director del periódico] que verdaderamente desconsuela el venir a sacar en limpio, después de tantas fatigas [que enumera en el párrafo introductorio y que aluden a las innumerables idas y venidas del cronista por calles, hoteles,

¹⁶ *El Orden Público*, No. 164, p. 655.

¹⁷ Las siguientes dan una idea de los criterios de selección: una nota de 13 renglones que ocupa un cuarto de una columna y destacada con dibujo sobre la Escuela Superior de Hombres en Brooklyn. *El Orden Público*, No. 164, junio 1o. de 1900, p. 655. Noticia de columna y media sobre el incendio de la Comedia Francesa en París el 8 de mayo de 1900, incluyendo detalles sobre el suceso. *El Orden Público*, No. 168, junio 6 de 1900, p. 671.

oficinas, iglesias, estaciones, etc. inquiriendo sobre la crónica menuda de la ciudad, actividad “que me tiene ya descuajaringado, hecho hilachas los órganos corporales, y sobre todo con el ánimo perdido, lleno de tristeza.” *¡que no hay crónicas, o que la que hay es la misma que la anterior, y que, por consiguiente, ningún pasto se puede dar a la avidez de los lectores.*¹⁸

Y, sin embargo, cuando hay un episodio digno de mención, su devaluación intrínseca hace que se publique sin ningún destaque. El domingo 20 de mayo de 1900, por ejemplo, en las horas de la noche, se inició un incendio en una de las tiendas bajas de las Galerías de la Casa Municipal. El incendio se extendió a construcciones vecinas causando serios estragos y aun en las horas de la mañana del lunes no había podido ser controlado a pesar de los esfuerzos de la policía, el ejército y de algunos particulares. La noticia, pese a la gravedad de la catástrofe, fue publicada al fin de la última columna de la última página de la edición del lunes 21.¹⁹

Significativamente, si bien las noticias ocupan un lugar secundario tanto en contenido como en presentación (la primera página en su totalidad está dedicada a anuncios comerciales), los anuncios comerciales recogen, en cierta forma, el carácter episódico inexistente causado por la falta de noticias. Este empleo “figurativo” de la noticia y de lo episódico confirma el carácter que le habíamos asignado antes. “¡La revolución triunfal!”, “Se acabará la guerra”, “Intervención venezolana”, “Palonegro”, “Tratados con Uribe Uribe”, “Depuso las armas Uribe Uribe”; éstos y muchos otros títulos sirven como introducción a anuncios para la venta u ofrecimiento de cualquier mercancía o servicio imaginable.²⁰

Pero, de nuevo, si bien es cierto que lo episódico se inserta más dinámicamente en los anuncios comerciales (el martes 22 de mayo, pasado apenas un día del catastrófico incendio, ya esta noticia servía como encabezamiento para un anuncio comercial), también hay que agregar que inclusive allí lo episódico se transforma en rutina! En efecto, los episodios como encabezamiento comercial tienden a durar más allá de su vigencia, es decir, a prolongarse más allá de su novedad...²¹

¹⁸ *El Orden Público*, No. 178, junio 19 de 1900, p. 711. Énfasis añadido. Y agrega en el párrafo siguiente: “Sin embargo, algo hay que echar afuera para cumplir el compromiso, y aunque se diga que esta revista es copia de la anterior, por fuerza tendrá que pasar por nueva.”

¹⁹ *El Orden Público*, No. 155, mayo 21 de 1900.

²⁰ Es innecesario hacer referencias específicas para estos datos dada la abundancia de empleo de lo episódico en los anuncios comerciales.

²¹ Por ejemplo, el 7 de julio de 1900 aparece en el No. 193 de *El Orden Público* un aviso anunciando el cambio de local de una agencia de finca raíz con el título en negrillas “Depuso las armas Uribe Uribe.” Este anuncio es repetido intermitentemente hasta el 17 de julio de 1900 (No. 201) cuando ya la “noticia” que sirve de encabezamiento ha dejado, o mejor, habría dejado, de ser novedad. El mismo encabezamiento, por lo demás, es empleado el 18 de julio de 1900 (No. 202, p. 805) para anunciar el arriendo de una casa.

Lo mismo ocurrió con el empleo de la batalla de Palonegro y el incendio en Bogotá: uno y otro siguen encabezando avisos tiempo después de que han dejado de constituir noticia.

Resabios tribales y cosmopolitismo periférico: Bogotá y Cartagena en 1900

Resumen

Con la ayuda del tipo ideal de sociedades de grupos reducidos de Mary Douglas y con base en información de periódicos, el autor contrasta las características del mundo urbano y su representación colectiva en Bogotá y Cartagena en 1900 y señala la relativa "modernización" de la periferia de la sociedad colombiana de entonces (Cartagena)

frente a los rasgos de sabor tribal de la sociedad cerrada del centro (Bogotá). Más allá de los contrastes, se identifican también semejanzas con respecto a la representación colectiva del mundo social en lo que concierne a categorías tales como racionalidad, imaginaria social y hecho social.

Tribal "Residues" and Peripheral Cosmopolitanism: Bogotá and Cartagena in 1900

Abstract

With the help of the ideal typical concept of reduced groups societies of Mary Douglas and based on data taken from local newspapers, the author draws a contrast between Bogotá and Cartagena in 1900 with regard to the traits of the urban world and its collective representation. The paper brings out the relative "modernization" of the peripheral colombian society of yes-

terday (Cartagena) vis a vis the tradicional, quasi-tribalist character obtaining in the closed society of the center (Bogotá).

Over and above the contrasts, some similarities are also found concerning the collective representation of the social world and particularly in such categories as rationality, social imagery and social fact.